el campo de Liñan, tomó luego aquella dirección deteniéndose en la hacienda de la Sardina.

Como Liñan hizo luego reunir un grueso de fuerzas suficientes á las órdenes del coronel Orrantia para atacar á Mina, éste cambió de posicion amagando á Cuarámaro, mientras le llegaba una respuesta de Torres, al cual habia escrito tratando de convencerlo de que era preciso ocupar un punto tan importante como la ciudad de Gnanajuató para obligar al enemigo á levantar el sitio de los Remedios. En esta empresa debia ayudarle con todo su prestigio ordenando á todas las partidas que se le unieran en ese propósito, de cuyo buen resultado dependia la salvacion de todos. El Padre se indignó mucho con esta proposición de Mina, y mandó órden terminante á todos los jefes que lo obedecian que solo siguieran al caudillo español si los conducia á atacar á Liñan; pero que si los llevaba á Guanajuato se le separaran inmediatamente.

Mina, que vió una de esas imprudentes órdenes, disimuló su despecho y reuniendo á aquellos jefes les dijo con serenidad:

—Me son conocidos los deseos del general Torres y procuraré observarlos hasta donde me sea posible; pero antes necesitamos vencer á Orrantia que nos persigue con ochocientos hombres. ¿Quieren ustedes que batamos primero al coronel Orrantia?

—Sí, mi general, le dijeron todos.

—Pues si ustedes me ayudan á vencer á Orrantia, yo les respondo despues de que venceremos á Liñan. Y tomó buenas posiciones en la hacienda de la Laja.

CAPITULO XLII

COSAS DE CRUZ.

Tan luego como se supo en México que Mina avanzaba para el interior del pais despues de su desembarque en Nuevo Santander, cuyas noticias llegaron muy adulteradas, no obstante el parte rumboso de Belanger diciendo que ya quedaba destruida la escuadra insurgente, el virey se alarmó muchísimo, suponiendo que si Mina traia buenos elementos, fácil le seria levantar un gran ejército y hacer vacilar el gobierno. En esa virtud reunió á las personas de mas vigorosa iniciativa, entre aquellas de que estaba rodeado, para que le propusieran los medios que estimaran convenientes á fin de conjurar aquella formidable tormenta. Alguno de sus consejeros llegó á proponer que se encargara al general Cruz de aquella importante campaña, haciendo presente al virey

cuánto valdrian los grandes elementos de aquel, unidos á los que podia proporcionar el gobierno; pero Apodaca cambió de color solo á la idea del ascendiente que llegaria á tomar Cruz si vencia con facilidad, y desechó de plano tan peligroso proyecto.

—Seria preferible, exclamó, que cayéramos en manos de Mina antes que en las del altivo gobernador de Guadalajara.

Liñan, que estaba entonces presente en la junta, puesto que hemos retrocedido al mes de Junio para no dejar olvidados algunos incidentes, Liñan, decimos, se ofreció modestamente á llevar á buen término la campaña contra el traidor Mina, siempre que le pusieran á sus órdenes todas las provincias en que operara el enemigo, parte de las fuerzas de Cruz que pudieran sacársele con maña y un ejército formado en México que no bajaria de cuatro mil hombres con doce piezas de artilleria y un millon de pesos que iria recibiendo en partidas, fuera de los convoyes de víveres, de vestuario, de parque y demás accesorios que se le debian seguir remitiendo tan pronto como los fuera pidiendo.

Al Sr. Apodaca le pareció muy bien todo aquello, y aunque no tenia motivos para conocer las dotes militares de Liñan, pues era la primera vez que desde su arribo iba á ponerse en campaña, de todos modos era el gefe de las armas reales y á él correspondia de derecho mandar aquella expedicion y establecer sus condiciones. Así como pidió un millon hubiera pedido dos millones, Apodaca habria visto de dónde

y cómo los sacaba para dárselos por tal de no tener que habérselas despues con el feroz general Cruz á quien veia como su enemigo natural.

Sin embargo, Liñan exigió que se le pidiera un contingente á Cruz para ayuda de aquella campaña y el virey escribió una carta al Presidente de Guadalajara muy afectuosa en la forma y muy apremiante en el fondo para que mandara una division á las órdenes del entendido gefe D. Pedro Celestino Negrete, quien debia á su vez recibir instrucciones del mariscal Liñan nombrado por el rey inspector de los ejércitos de la Nueva España. Se hacian grandes apremios sobre lo urgente que era destruir los proyectos de Mina que estaba encendiendo de nuevo el fuego de la revolucion y lo hacia, en buenos términos, responsable del mal éxito que pudiera tener la campaña en caso de que no se apresurase á mandar el contingente que se le pedia. Por separado iba el pliego con todos los sellos tratando oficialmente el asunto.

Cruz hizo que se le leyeran tres veces aquellas piezas y levantándose á la tercera lectura muy mal humorado mandó á un ayudante que llamara á Negrete. Este no se hizo esperar porque habia recibido pliegos idénticos y venia al palacio á recibir órdenes.

—Este virey Apodaca, le dijo tan luego como lo vió entrar, ha creido que nosotros somos criados suyos. Aquí me manda una súplica revuelta con amenazas para que le vayamos á ayudar á destrozar á Mina, como si no tuviera bastantes elementos para

acabar, sin necesitar auxilios de nadie, con un puñado de piratas.

—Excelentísimo señor, le dijo Negrete inclinándose y sin parecer prestar atencion á los desahogos de Cruz, estoy á las órdenes de vuestra excelencia.

—Sí, estoy á las órdenes de vuestra excelencia, ¿y con qué recursos vamos á mover una division?

—Vuestra excelencia dispondrá en el caso lo que crea más conveniente.

—No tiene remedio eso, los ruegos del mandria d virey son muy apremiantes y si no le hacemos caso va á poner tanta cabeza á la corte; pero los recursos, ¿en dónde están los recursos? Aquí no nos dice ni una sola palabra de dinero.

Negrete se quedó de pié esperando que pasara la tormenta.

—Está bien, siguió diciendo Cruz despues de un momento de estar reflexionando, irá una division de mil hombres y llevará la paga de una quincena que es lo único que puedo yo darle.

—¿Y despues, excelentísimo señor? preguntó Negrete.

—Despues correrán los gastos por cuenta de Liñan, Es todo lo que podemos hablar sobre ese asunto.

Negrete, conociendo mucho á Cruz, dió la media vuelta y se fué á preparar la marcha de la division, confiando en que le proporcionaria algo mas que una quincena, sabiendo que tal vez no iba á ser suficiente este tiempo para incorporarse á Liñan.

Cruz, á última hora, convino en darle dos quincenos, pero asegurándole que ni un real más se gastaria de los fondos de Guadalajara en aquella campaña, extraña enteramente á la pacificacion de sus dominios, toda vez que él nunca habia llegado á recibir auxilios ni de un fusil ni de un peso para sostener su autoridad.

Por eso fué que la primera carta de Negrete á Liñan que le dirigió al llegar á Leon, decia entre otras cosas lo siguiente: "Tengo gran necesidad de dinero para la tropa de Galicia de mi cargo, y recelo que sitiándome por hambre el excelentísimo señor Cruz, me ha de obligar á enviársela, lo que será una pérdida para ambas provincias en mi concepto."

—¡Jesus me ampare! exclamó el virey leyendo esta carta que le mandó original Liñan, el loco de Cruz va á echar por tierra todos mis proyectos.

Y á renglon seguido le escribió á Liñan diciéndole que pidiera sobre aquello aclaraciones muy serias, previniendo á Negrete que si llegaba á separarse del ejército sin su permiso, seria responsable no solo con la pérdida de su empleo sino con otros castigos, por tal desobediencia.

A Cruz le escribió tambien diciéndole que estaba en el deber de seguir sosteniendo las fuerzas de Negrete con los recursos de Nueva Galicia y que en el caso de que no lo hiciera, todo aquel ejército que se estaba reuniendo en el Bajío serviria para hacerse obedecer, siendo él el responsable de lo que aconteciera si por su causa se abandonaba la campaña que iba á emprenderse contra los revoltosos y traidores.

Cruz estrujó la carta del virey, y no solo la estrujó sino que la estuvo pisoteando durante cinco minutos y llegó á concebir la idea, en medio de su acaloramiento, de salir él mismo al frente de las fuerzas que le quedaban para disputar en batalla campal aquel punto con las tropas del gobierno; pero cuando recobró la calma, pues así como era rápido para irritarse sabia tornar presto á la serenidad de ánimo, reflexionó que podia insurreccionársele la provincia si se ausentaba, que podian ganarle á Negrete que no le tenia muy buena voluntad y podian por fin destrozarlo con los mejores elementos con que contaba el gobierno y mandó nuevos recursos á las tropas de Nueva Galicia, pero haciendo que fuera á la vez una carta muy insolente al virey en que le decia que estaba muy arrepentido de haberle mandado aquellos auxilios, que no arremetia desde luego contra él por no dar un escándalo y que debia tener entendido que así como él no necesitaba para nada del gobierno de la capital, así queria que no se volviera á necesitar de él en lo sucesivo, quedando desde ese momento cortadas entre ellos todas las relaciones como poderes independientes.

Apodaca hizo tambien su mohina, pero se desquitó mandando la carta original á España para que se acabara de saber allí qué casta de pájaro era el general D. José de la Cruz.

Si no ya con el ánimo de ir á batir á las fuerzas del virey, sí con el de observar de más cerca la conducta de Liñan y de Negrete y de procurar atraerse las fuerzas de este en caso necesario, Cruz se decidió

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

el dia menos pensado á salir de Guadalajara con la mayor parte de las fuerzas que tenia disponibles.

El dia en que salió, todos se preguntaban:

—¿A dónde va á Cruz.

—¿Que novedades habrá por el Bajío?

—¿Qué nueva genialidad será esta del general?

Sin que nadie atinara con la verdadera causa de tal expedicion, pues el gobernador de Nueva Galicia no habia comunicado á nadie sus proyectos. Simplemente se le habia antojado salir de Guadalajara, y salia para cumplir su antojo.

Al dia siguiente se celebraba en la Catedral el cumpleaños de la reina y tenian que concurrir á la misa todas las autoridades así civiles como militares. Se esperaba que Cruz estaria allí á la hora precisa y aún se le estuvo esperando algun tiempo. Cuando ya eran cerca de las doce, (los canónigos habian estado en la puerta de la iglesia desde las diez de la mañana) se volvieron al prebisterio y el que dijo el sermon no dejó de lanzar su pullita sobre la falta de la primera autoridad. Los miembros de la Audiencia salieron de allí muy desasonados y como pocos dias despues supieron que ya Cruz andaba por Zamora, lugar separado de su jurisdiccion, por cuyo caso tenia que haberle dado aviso para que gobernara en su nombre, tomó pié de aquí para celebrar una sesion permanente á fin de poner remedio á aquel conflicto de autoridad.

Lo primero que hizo fué mandar á palacio á un

emisario para que preguntara á quien habia dejado Cruz encargado el gobierno. El emisario volvió y dijo:

—El excelentísimo señor Cruz no ha dejado en palacio mas que los empleados más subalternos.

—Pues que venga el gefe militar más antiguo que haya en la plaza.

Se buscó al gefe más antiguo que habia en la plaza y resultó ser un coronel D. José Villaba que estaba allí disfrutando su paga como retirado porque estaba cojo y falto de vista.

—Señor coronel Villaba, le dijo el presidente de la Audiencia, ¿es su señoría el coronel más antiguo que hay en la ciudad?

—Soy el coronel más antiguo, excelentísimo señor.

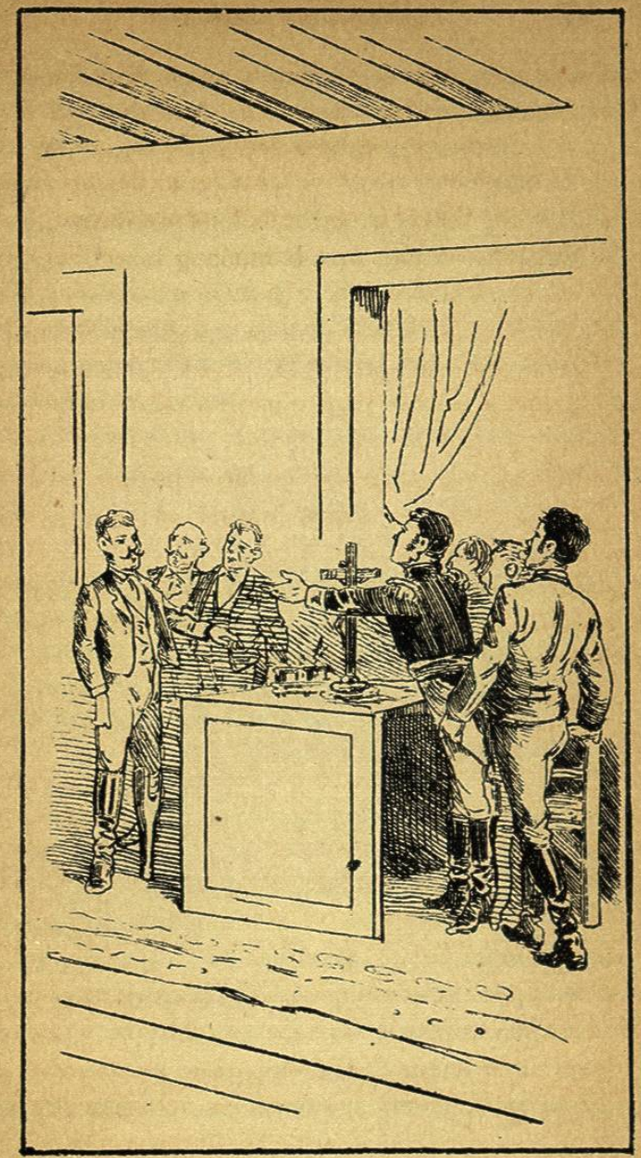
—Ha quedado su señoria encargado del gobierno y presidencia de Nueva Galicia?

—No he quedado encargado de nada, excelentísimo señor.

—Pues en vista de que su señoria es el coronel más antiguo, desde este momento queda vuestra excelencia investido del carácter de gefe de las armas y gobernador y presidente de esta parte del reino por acefalia de su gobierno.

—Agradezco á la excelentísima Audiencia que me distinga con tal nombramiento y desde luego voy á procurar desempeñar mis deberes con toda fidelidad.

Hizo el juramento, fué acompañado á palacio y hubo besamanos, siendo invitadas las autoridades civi-



—Señor coronel Villaba, le dijo el presidente de la Audiencia, ¿es su señoría el militar mas antiguo que hay en la ciudad?.....

les, militares y eclesiásticas que no quisieron concurrir.

¿Por qué no quisieron concurrir ni darse por entendidas las autoridades de aquel extraño nombramiento? Porque tenian miedo á Cruz y presumian que podia llegar de un momento á otro hecho una furia por aquel desacato cometido á su dignidad.

Naturalmente Cruz tenia allí amigos y aduladores que empezaron á mandarle correo tras correo participándole lo que pasaba.

Ya comprenderán los lectores cuál seria la cara que puso Cruz al recibir semejantes noticias. A revienta cinchas se puso en Guadalajara desde Zamora en cuarenta y ocho horas, y los que habian tenido parte en la intriga no se creyeron seguros ni escondiéndose debajo de las camas.

Solamente el coronel Villaba, que era un veterano acostumbrado á desafiar los peligros, se mantuvo firme en su puesto, de modo que cuando llegó Cruz al palacio lo encontró tranquilamente acordando los asuntos del gobierno.

—¿Qué significa esto? preguntó Cruz echando chispas por los ojos.

Villaba permaneció imperturbable y dijo á Cruz con toda tranquilidad:

—Tome asiento su excelencia, y en seguida estoy con él para tratar del asunto que le traiga al gobierno.

Y quiso el gobernador seguir acordando con su secretario que no sabia qué partido tomar y que estaba como en brasas, cuando vino á poner término á la

situacion una fuerte puñada de Cruz sobre la mesa que hizo saltar los tinteros y los papeles y luego un empuje violento á la misma mesa que la volteó con las patas para arriba.

Entonces Villaba se levantó temiendo que siguieran más adelante las vias de hecho.

—General, le dijo para calmarlo, yo he sido puesto aquí por la Audiencia y creo que con ella es con quien vuestra excelencia debe entenderse. Yo no soy en todo esto mas que un servidor de la autoridad.

—Si, ya sé que la Audiencia ha tenido la osadía, la gran osadia de tomarse las atribuciones del rey para nombrarme un sustituto durante mi corta salida fuera de la ciudad, cosa que debe pesarle mucho. En cuanto á usted, señor coronel, lo mejor que puede hacer es salir cuanto antes de palacio si no quiere ser la primera y principal víctima de mi furor.

—Señor.....

—No admito réplicas. Al momento se me larga usted de aquí ó ¡viven los cielos! que.....

Y como al mismo tiempo habia llevado la mano á la empuñadura de la espada y habian empezado ya á llegar los oficiales de su séquito que podian servirle de apoyo en cualquiera violencia personal, Villaba se encogió de hombros, pero cogió su sombrero, saludó cortesmente y se fué.

—¡Por vida de todos los demonios! siguió diciendo Cruz siempre rabioso, que apenas puedo creer sea cierto esto que ha hecho la condenada Audiencia de Guadalajara. Señor secretario, ponga usted en órden todos los papeles y ustedes, señores ayudantes, reunan inmediatamente en palacio toda la guarnicion que exista en la plaza. Que inmediatamente un reten de cincuenta hombres ocupe las torres de la Catedral y que se saquen cinco cañones, uno que se situará en la puerta y los cuatro restantes en las cuatro esquinas de la plaza.

En seguida salió al balcon para ver si eran cumplidas aquellas órdenes.

Cuando ya estuvo seguro de que la guarnicion, que no pasaba entonces de unos seiscientos hombres, le era toda fiel, mandó en busca de los oidores á sus oficiales de más confianza para que los condujeran presos á palacio. No pudieron encontrarse mas que cuatro, y de estos, dos fueron desterados al dia siguiente y dos puestos en prision con segura guardia en una de las salas del palacio.

A todos pareció aquello muy poco en vista del tamaño del escándalo, pues despues de haberse abocado los cañones, de haberse ocupado las alturas y de haberse recorrido las calles por patrullas de dragones armados hasta los dientes y conociéndose el carácter impetuoso de Cruz, todos esperaban que aquello terminara con un arroyo de sangre.

Lo que hizo Cruz para no carecer del cuerpo de la Audiencia, que se consideraba tan esencial para la forma de gobierno como en los tiempos modernos una legislatura, llamó al oidor Recacho, que andaba por San Luis Potosí, haciéndole grandes ofrecimientos y nombró otros oidores suplentes. Cuando volvió

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

á verse funcionando la Audiencia legalmente, pretendió Cruz que le mandara por escrito una satisfaccion que él mismo mandó redactar; pero eran los términos tan humillantes que ni el mismo Recacho consintió en que se firmara.

Tanto el gobernador como aquel cuerpo ocurrieron á España demandando justicia, comprendiendo que el virey era muy poca cosa para hacerse respetar en la Nueva Galicia y con ese motivo la Audiencia hizo una representacion violentísima contra Cruz, lo mismo que contra el obispo, cabildos eclesiásticos y seculares y contra todo el mundo, porque ninguno quiso tomar á lo serio el nombramiento que habia hecho para gobernador en la persona de Villaba.

Despues de algun tiempo una comision que se nombró en España compuesta de seis consejeros consultó, teniendo en consideracion los servicios del general Cruz, que no podia castigársele; pero que se desaprobz su conducta así como la de la Audiencia, que si bien nó habia tenido intencion torcida en sus procedimientos, no por eso merecia menor censura, terminando con que se les recomendara la armonia que siempre debia existir entre las autoridades superiores y dependientes de la monarquia española.

Cruz fué el que se quedó riendo de aquella resolucion, pues al fin y al cabo era quien habia puesto la mano sobre los oidores y quien los habia humillado hasta conseguir que las gentes los despreciaran.

Entretanto, no dejaba de manifestar disgusto porque sabia que sus tropas al mando de Negrete seguian ocupadas por Liñan, y no solo ocupadas sino sufriendo grandes necesidades por falta de recursos á la vez que eran las que se empleaban en los asaltos de las fortalezas y las que más bajas tenian por los fuegos del enemigo, y entonces escribió una carta muy terminante á Negrete ordenándole que se retirara. Este fingió no comprender el tenor de la órden y suponiéndose enfermo solicitó volver á Guadalajara dejando allí las tropas.

Liñan, aunque conocia que era un buen gefe que podia hacerle falta, no opuso ninguna dificultad comprendiendo que no le servia con agrado y le concedió la licencia.

Negrete, pues, llegó á Guadalajara y se presentó á Cruz.

—Vuestra excelencia me ha ordenado que me viniera yo solo.

—No puede ser.....

—Aquí está la carta.

La carta en efecto solo nombraba á Negrete.

—Está bien, dijo Cruz mordiéndose los puños. Y luego que Negrete se fué, agregó:

—Yo te haré pagar esta burla, gran hipócrita.